DE UN MATRIMONIO EN LA INQUISICIÓN FANTÁSTICA

POR MANUEL CAPETILLO

Ultimamente me asaltan sueños extraños cuyo significado se me escapa: me veo en una extensa llanura cubierta de arena en reposo, no se oye el sonido del viento y el agua de los manantiales se ha secado. Junto a mi cuerpo dormido, una estrecha cavidad alberga el cuerpo de una bestia pequeña y con enormes cuernos; y los cuernos parecen las raíces de una planta, la que tiene forma de cabrito muerto, depositado en un foso que hará las veces de horno para asarlo. Abro los ojos y miro la oscuridad del hueco. Miro atentamente y, poco a poco, veo tres rayas de luz que forman lo que tal vez sea el rectángulo de una puerta. Afuera se produce el sonido lento y marcado de un abundante conjunto de golpes leves, dados simultáneamente por pies humanos: estoy en el monasterio, es marzo, se aproxima la Pascua y no he preparado los cuadernos con los nuevos cantos, que entonces los monjes cantaremos durante la ceremonia larga del sacrificio.

Mis responsabilidades son abundantes en el monasterio de Cuernabala: debo seleccionar los textos y la música, y el papel en que habrán de imprimirse, los tipos del pautado y de las letras; además, es imprescindible hablar con los impresores de los portales de Santo Domingo, para examinar junto con ellos los tiempos de sus trabajos y considerar las fechas en que unos y otros podrían imprimir el *Libro de la Pascua*, los *Salmos para el Sacrificio*, las *Estrofas para la convocación al Enemigo* y los *Cantos de consuelo para la hora del Suplicio*. Por si fuera poco, me disponía a publicar, y a imprimir, un escrito personal: una fantasía acerca de hechos insignificantes en los que participé y que presencié en la plaza y en el monasterio.

A lo largo de varias semanas dudé acerca del prólogo de ese libro. Primero pensé en redactar una cuartilla que defendiera la calidad equívoca de las confusiones conceptuales, narrativas y de la imaginación visual. Más tarde escribí un texto, en el que el autor de un libro, imaginado por mí, cedería su puesto al protagonista escritor de mi novela *Plaza de Santo Domingo. 1: Propio de la noche*: este personaje inventaría el mundo de la plaza, presentando su obra mediante una introducción que podría ser la siguiente:

En *2: La plaza durante el día, por Emmanuel Robinson*, el escritor fantástico iniciaría su obra pidiendo disculpas. Dos epígrafes encabezan el texto introductorio:

"Aquí cuento ciertas fantasías / y una que otra verdad que yo conozco" (M. C.) y "...naturalmente, artificio..." (Alberto R. Y. Urdán). Creo que él exagera la bondad de sus propósitos literarios, como se manifiesta enseguida:

Aún por los ahogos debidos al interminable y crudo invierno, me siento impulsado a continuar la obra que inició el inventor de mis días. A media noche, comprendiendo que el tiempo finalmente se detuvo, de nuevo tomo los originales de este segundo libro, el cual se convierte en primero al comenzar con la palabra "principio". Lo que continuación escriba serán mis palabras, más que las de quien imaginó mi existencia, puesto que tuve el valor de contraatacar todo el descabellado rejuego literario, en el que, sin mi voluntad, se me usó en calidad de fantasioso protagonista, autor de un libro que tú, lector amado, quizás tuviste en tus manos.

"Plaza de Santo Domingo. 1: Propio de la noche es una especie de novela en la que paso más vergüenzas que glorias; en este nuevo libro, que ahora comienzo, prefiero tomar mi vida entre mis propios dedos, arrancándola a mi dueño. Además edito mi trabajo no en una irreal editora de "Sol y Tinieblas, S.A.", como él dispuso.

Me propongo contar los hechos tal y como fueron, descartar por completo el uso y abuso de excesos y de alardes; procuraré ser sencillo, directo y ordenado si es que puedo. En otras palabras, y cintado lo que mi escritor me hizo decir en alguna parte: "Toda la responsabilidad de mi texo será mía a partir de este momento".

México, 22 de diciembre de 1976.
Emmanuel Robinson

Manuel Capetillo (México, 1937) nos entrega estos fragmentos de la novela *Monólogo de Santa María*, que se editará próximamente. Esta novela es parte del cuarteto titulado *Plaza de Santo Domingo*, del que se ha publicado *1: Propio de la noche*.

El prior acababa de nombrarme campanero de Santa María de las Muertes. No cabía en mí de júbilo. A un tiempo corrí por todos los claustros del convento, por los patios del monasterio, en mi celda religiosa, dentro del estrecho dormitorio de mi casa, y de un lado a otro de la plaza y en la iglesia de Santo Domingo y en los valles de México y Cuernabala. No presté atención al recato y a las conveniencias: cada vez que quise satisfacer mis más altas ambiciones subí a la torre y toqué la campana de Santa María durante muchas horas, sin importarme que alguien pudiera molestarse por mis gritos, pues también daba grandes voces repitiéndome las palabras de lo que escribía. Una vez que me cansaba, después de corretear entre las columnas labradas, bajo las bóvedas y las arquerías, las luces que pasan a través de los cristales de colores (las cuales cuentan la Historia Sagrada) me adormecían junto a la campana que prefiero, para tocarla y para leer en silencio lo que mi propia mano escribe, de modo que el placer que experimento al contemplarme en mi composición literaria se enriquece, para hablarme yo solo dentro de mí al mirar las descripciones del libro *Plaza de Santo Domingo. 2: La plaza durante el día*, el cual inicio como ya está dicho (con la palabra "principio"), antes de indicar que empieza el

CAPÍTULO I

La unión de los amantes
es la primera causa
de la muerte.

E. R.

AL DESPERTARME, volvía a dormirme para no escuchar el ruido intenso de la plaza. Los rayos de un sol suspendido para siempre en el cenit impedían el menor rastreo de sombra, y la luz penetraba por las pequeñas ventanas de mi cuarto; los espesos cortinajes negros resplandecían una deslumbrante blancura. Las incontables telarañas, abarcando todo el espacio de mi dormitorio, se cubrían a cada instante con la sobrebaba que el calor hacía destilar a los insectos, y los hilos de las telarañas se convertían cada uno en una multitud de espejos, y aumentaban la luz y la temperatura del recinto. El calor me precipitaba en un sueño más y más profundo. Sin embargo, los ruidos volvían a despertarme.

Todo ayudó a que la blancura del espacio quedara cubierta por la forma. La tinta, las palabras y las imágenes con las que describía el mundo, reproducían la experiencia de lo que tenía lugar fuera de mi propio claustro espiritual y del claustro del convento. El silencio, y el canto gregoriano que llegaba a mi celda desde la capilla distante, se reunían y formaban a mi rededor una atmósfera propicia para la escritura, para las imaginaciones acumuladas una tras otra sin interrupción, como si yo repitiera las nervaduras góticas de Santo Domingo, o las columnas virreinales de los portales de la plaza, o de los claustros del monasterio de Santa María. A veces, la imagen del cuchillo de Ramsés, o de Antulio, o de tía Laura, venía a mi mente y cortaba desde luego el relato, buscando, desde su nacimiento, que sólo pudiera ser un conjunto de fragmentos.

Cierta mañana el alboroto fue mayúsculo, como nunca antes lo había oído. Me levanté como pude, creyendo, por la enorme cantidad de centígrados y de lúmenes que padecía, que no me iluminaba la estrella de la cual nuestro mundo es su planeta, sino que yo estaba en el centro mismo del sol, o cuando menos en la superficie; como no quise invalidar mi vista, apenas entreabrí los párpados.

En la plaza, para mi incredulidad, sucedió una serie de hechos prodigiosos.

Cuando pensaba en la idea del sacrificio, me envolvían ligeros estremecimientos y perdía el sueño. Al cabo de los días solía acudir al prior para consultarlo acerca de la forma mejor de conciliar la vida con la muerte.

Diversos grupos de verdugos, quienes habitualmente desempeñan sus funciones en la casa inquisitorial, gozan un descanso durante el mencionado día, a solicitud de los ministros que testifican la boda que se efectúa en la iglesia y en la plaza; a los cientos de hombres se les ordena que colaboren en las ceremonias. Me pregunto en voz alta cuál es el motivo por el que todos ellos gesticulaban furiosamente, mientras se aturdían unos a otros con fuertes gritos. Sus palabras llegaron confusas a la altura de mi cuarto y yo no entendía nada. La respuesta no se hizo esperar: sentí la mano de Luz Delphos, mi novia, quien para tranquilizarme acarició mi espalda. Al mismo tiempo ella me explicó que se trataba de un conflicto sindical. Volví mi rostro para mirarla. A pesar de la intensa resolana, observé que su preocupación era manifiesta. Me contó que el problema había estallado por motivo de nuestro matrimonio, y que si no lo apresurábamos los torturadores podrían enfrentarse unos a otros, ocasionando la intervención multitudinaria del ejército, el cual ya estaba en marcha. Mis dudas volvieron a asaltarme: ciertamente yo amaba a Luz Partida como a ninguna otra mujer, pero en este momento no sé si hasta el punto de casarme con ella. Puso sus ojos sobre mis ojos, y ambos dejamos de ver y de oír todas las cosas. Estuve conmovido durante muchas horas, las que sumadas son como numerosos días normales, en caso de que el tiempo realmente transcurriera. Por último, el hambre, o el cansancio, no lo sé, me obligó a separarme del

cuerpo de Luz (que no del alma de Delphia, pues ésta penetró por las ventanas de la mía) y a decirle que no resistía estar de pie ni un instante más. Sentado yo y ella mirando hacia la plaza, mientras cubría sus oídos, y yo los míos, a fin de no escuchar el estrépito de afuera, reflexioné para ella acerca de la infelicidad de nuestras vidas solitarias, y concluí con las palabras que me harían dichoso:

—¿Te quieres casar conmigo? —le pregunté mientras mis lágrimas bañaban su rostro, al tiempo de enjugar en el mío las de su llanto.

Al ver mis palabras escritas, cuando las leo, comprendo inexplicablemente que estoy satisfecho. Ignoro por qué me gusta hablar, bien dicho: escribir, de relaciones llevadas a cabo y que terminaron. Quizás porque, sin darme cuenta, comencé a amar intensamente. No estoy de acuerdo conmigo mismo si acreciento mi afecto únicamente por escrito. He de ser realista. Tengo necesidad de vivir hasta el fin la fantasía. Por otra parte, Ramsés no debe saber que estoy enamorado, como tampoco los encargados de torturar a los pacientes en la Escuela de Medicina de Santo Domingo. Todo indica lo contrario, porque, además, si me he prometido realizar el amor, hasta el fin, conviene que piense en las posibilidades de una ceremonia pública solemne a media plaza. Para celebrar el afecto que recibo y que entrego a mi amada, contradeciré los deseos de Mercader.

Fuera, inmediatamente comenzaron los acuosos preparativos del bautismo. Como un torrente matinal, cayó sobre la plaza, de pronto, la luz espesa y abundante de un sol todo humedecido. Otra vez la gran charca luminosa se desbordó al interior de los edificios que cercaban el cuadro: la iglesia al fondo creció su majestad de altas torres; la Inquisición en la esquina nororiente abrió sus puertas, a través de las cuales se vio a los integrantes de la orquesta que dirige Edward Moriarty, cuando toman posiciones para atender al primer movimiento de la mano que porta la batuta.

Mientras, antes de las convulsiones de la parturienta; antes de que su torvo dolor se transformara en incipiente grito, que habría de atemorizar a todos los reunidos en la plaza, de modo que la amplia escena quedaría inmóvil, fija como en un grabado detallista; cuando la fuerte voz de la mujer se apaga bajo el débil y entrecortado llanto del niño, quien ya cuelga de la mano del obstetra; en prevención al rítmico sonido que las decenas de pequeñas imprentas producen bajo los portales, estampando las invitaciones para la flamante boda, los padres de los novios, en parejas, cada uno declara por primera vez su amor adolescente.

El tiempo transcurrió durante un periodo previo a que las cosas ocurrieran.

Fue así que la gran orquesta se redujo a una más apropiada pequeñez de cámara. Lo que desde luego resultaba absurdo, sobre todo por la desproporción entre los pocos atrilistas y el abundante espacio del rectángulo. Además, esta figura no era, digamos, perfecta, pues faltaba el edificio del correo; el portal necesitaba ampliarse, para cumplir los requerimientos presentados por los impresores al gobernador de la plaza; y tardaban los meses tras los que por fin se inicia la elevación de la torre poniente de la iglesia, en la que se instalaría la Santa María, conforme con los gustos acústicos del obispo, quien prefirió atender a la extensión del no justo principal comedor del obispado, según consta en los *Cuadernos de Construcción de la Colonia* editados por el Gobierno Liberal Revolucionario.

Un ave cantora despertó al monje que sesteaba a la sombra de un grupo de palmeras. En torno al sitio del cegado pozo, varios camellos destanteados vacilaban sin decidirse a echar la panza en tierra, transportando grandes cajones, y soldados somnolientos incapaces de entender que las bestias necesitaban hacer un alto en el camino.

Por fin, después de mucho, del palacio de gobierno y del palacio episcopal salieron sendos men-

sajeros, quienes, al cruzarse en medio del área, intercambiaron palabras afectuosas de saludo, de parte de sus respectivos amos y en calidad de mensaje para los mismos, agregando luego inquisiciones respecto del motivo que traía a la plaza a los beduinos, materia sobre la que ambos investigadores no poseían el menor informe. En cambio, el monje, como sabiendo en sueños de lo que se trataba, y sin sorprenderse de que el lugar estuviera todo construido, tan cambiado en comparación con la pequeña arquería inicial del claustro, que conoció hasta antes de que durmiera después de la comida, púsose en pie y comenzó a dar instrucciones a todo mundo, apresurando las actividades, para que los objetos encajonados llegaran sin tardanza a su destino y las actividades programadas se llevaran a efecto en el momento necesario.

Los mensajeros del gobernador y del obispo prestaron ayuda a los encamellados: obligaron a doblar a sus transportes. Desprendidos de sus vestimentas de desierto, una multitud de figuras humanas mostró uniformes de diversos colores, con los que se ilustraba la historia de los ejércitos que ha habido en México, incluyendo los que invadieron la Patria.

El suelo se cubrió con las inmundicias de los cuadrúpedos, y también con las de los bípedos, quienes no soportaron más su cargamento y decidieron abonar el valle de México. Toda esta tierra olió a podrido en cosa de segundos, la transparencia atmosférica se cubrió con gases de colores pardos y espesos olores penetrantes. La putrefacción del ambiente dejó entrever el futuro y magnífico reflorecimiento de las cosas.

El espacio fue como una inmensa nariz que todo lo absorbía; como unos muy grandes ojos que trataban de mirar a ciegas a través de la negra densidad gaseosa, que con intermitencias blanqueaba largamente de sol hasta el rincón más escondido del despojado sitio; como el tacto de una mano poderosa, perteneciente a un gigante de sensibilidad ejercitada desde su perenne infancia. De modo que, para el espacio, el espacio fue una experiencia detestable, cuyas perfecciones habría que descubrir bajo la superficie del estiércol.

Las cajas se ensuciaron con el lodo y todo lo demás inmundo. Las patas y las botas de las bestias y de los militares carecían de asepsia.

Al correo las cajas llegaron aplastadas, enseñando la intimidad de *sus vergüenzas*, que además se impregnaron de lodo, de estiércol y de arena, y nadie estuvo presente en las oficinas para dar las diarias órdenes, así que el árabe comisionado no corrió la gentileza de apartar los bultos desarticulados que recién llevaba, lejos de las montañas informes de cartas y paquetería que allí se resguardan para protección de sus destinatarios.

En las cartas que enviaba a mi casa manifestaba dos preocupaciones principales: mi gusto por la música y la doble incomodidad de seguir en el monasterio y de pensar en regresar a casa. La música reducía mi extravagante deseo de escapar de todas partes. Cierta ocasión pedí que me trajeran una serie de discos de mi colección: quería oír a Brahms y a Beethoven y tener algo que había sido mío en el mundo, de modo que no me desvinculara totalmente de la realidad. Durante esta misma época, el prior, a fin de que aceptara quedarme para siempre en el monasterio, me propuso que yo fuera a estudiar música a Europa. A lo largo de varios meses, como resultado de esa promesa, una señorita anciana y amable me dio algunas clases de piano en una casita próxima al edificio del monasterio, la que más tarde ocupó Mario Le Garcon para recibir uno po uno a todos los religiosos del convento.

Allí, en un ambiente acogedor, recibíamos *curaciones mentales*, entre mantas colgantes, tapetitos y cojines que daban al lugar un aspecto parecido al de una tienda de campamento de gente nómada, en la que una adivina ejerce su misteriosos oficio. Sé que Ramsés se impresionó cuando le escribí sobre este tratamiento.

La dirección del Servicio Postal de la Plaza le fue encomendada por el inquisidor a un subalterno del monje, a quien se llama El Ausente, quien por Nadie es conocido, el cual sólo atiende sus obligaciones cuando el monje duerme. Siendo éste el caso: el monje cuenta que, al dormir, él se sueña en estado de vigilia, ocasionándose entonces un caos burocrático inconcebible, como no debería suceder en ningún sitio de la plaza.

Plaza de Santo Domingo, 6 de enero 1977.

Patricia:
Te necesito. Ni un solo día has dejado de faltarme. Participaré de ti en cuanto pueda, pero participa conmigo en lo que es mi vida. Por ti padezco. Mi amor, sigo esperando tu comprensión para este infante. Si únicamente vivo por la escritura de mi música (¿y cómo hacerlo si soy compositor del silencio?), ambos sabemos que, con la danza y con todo lo que eres, sabrás enseñarme a vivir la vida con todos los sonidos, como tú llevas el movimiento coreográfico a todos los instantes. Sé que me comprendes, pero además tenemos que aprender a ser pacientes uno con el otro. Te ama

Edward

También hay numerosas cartas de Emmanuel a su compañera. En alguna pregunta por qué tener celos de lo que ha muerto, en otra afirma que los afectos son fundamentalmente insubstanciales. Cartas manuscritas, rotas y semincendiadas, de lectura difícil, en las que llama a Luz de diferentes modos, la reclama y trata de convencerla, mani-

fiesta la distancia que los separa y propone impetuosamente que vivan unidos para siempre.

Las vergüenzas que llegan al correo —dice el inquisidor cuando lee sonrojado alguna perdida y amorosa correspondencia que hasta su despacho el viento se la lleva, o al incendiar fastidiado, sin siquiera observar que en esta ocasión más bien se trata de un comunicado procedente del organismo consultor de la Academia de la Opera, una hoja, traspapelada milagrosamente entre dos de las muchas tablas y cosas arrojadas por el enturbantado a sus pies y al lado del escritorio metálico estilo ministro.

—¡Ah! dice, extrayendo un montón de documentos del *sesto*, como nombra al cajón que está bajo el quinto, a la izquierda del mueble—. ¿Verdad, tú? —le grita a El Ausente, al espacio vacío delante de la puerta del gran salón en el que atiende—: no hay nada como ser metafórico —y señala los cajones—: a la izquierda, el progreso. Para luego entretenerse largo y tendido en el regodeo de los hechos que ocurrirán durante las próximas horas. El problema consiste en enraizar el programa de las instituciones a su cargo, que como se sabe son todas, en el tiempo. A qué hora será tal ceremonia, si el niño es ajusticiado antes o después de nacer, o antes y después del matrimonio. En este caso convendría prolongar la boda, a fin de que haya espacio suficiente para fiestas y duelos. Además, dado que han pasado años desde el acuerdo con la orquesta de Edward Moriarty y la compañía de Patricia Campoamor, es punto cabeza principal de urgencias el doble alfilerazo de la corroboración: ¿el director y la coreográfica están disponibles aún? Su comparecencia amalgamará la fama cada mañana, o sea: hoy.

—Verá usted —insiste, hablándoles al monje y a El Ausente—: en el libro primero de *Plaza de Santo Domingo* quedó asentada la naturaleza vertical del director de orquesta, quien de pie, inmóvil, dirigió la *ausencia de sonidos*, en tanto la artista cinética ideaba el frenesí de un sacrificio para deleite de la masa, ¿enterado? Bueno..., pues en esta ocasión querré serrotes y troncos en vez de arcos y violines, ya que si los atrilistas esos siguen siendo mancos espirituales prefiero la cosa descaradamente: que los chirridos se oigan con sinceridad. Sin tomar en cuenta que, además, me hierve una tentadora idea:

Digo, ¿no podría ser que los instrumentos de música fueran, sobre todo, mortales? Porque lo ideal no sólo es pinchar el corazón de una víctima y que al instante perezca; así no sirve de escarmiento: de este modo quien muere no tiene instante para arrepentirse, fracción que le permita fantasear acerca de una segunda vida, como si reencarnara en sí mismo, para otra oportunidad que sí aproveche.

Digamos: si mi idea es aceptada por alguien, y quién más va a hacerlo sino yo, el dueño de todo en este sitio, entonces la música será el gran tormento (y para tal efecto ordeno audiciones seriales, electrónicas y aleatorias), será la manera de asesinar legal y elegantemente a los culpables de vivir en esta plaza. Soy el inquisidor, y pienso por ejemplo en el obispo mi amigo y en mi amigo el gobernador. Siempre han vivido a mi lado demasiado tiempo. ¿No crees —les pregunta a cada uno con la mirada— que sería justa su asistencia a un monumental concierto?: di algo, acepto tu propuesta.

En el pueblo de Santa María, próximo a la ciudad de Cuernabala, se construyó el edificio para el monasterio dominico de Santa María de las Muertes. Su prior, Dom Gregorio Mercader, logró que el obispo de la diócesis lo acogiera, como Su Ilustrísima hizo anteriormente con otros religiosos revolucionarios. La paz monástica permite al monje la lectura y la meditación constantes. Aquí la memoria acumulada permite la redacción de ciertos escritos, desde tratados acerca de la obra de San Jerónimo, hasta la reproducción obsesiva de imágenes con las que se repiten las escrituras de Santo Domingo y de Santa María. Para determinados religiosos, la soledad monástica resulta enfermiza.

El Ausente acrecienta su inmovilidad y el monje borda silencioso, en la oscuridad, la soledad del cuarto vacío. El inquisidor no evita azorrillarse, el tono morado de su tez se intensifica ante el desacato de ambos correligionarios, desea signos explícitos y no timideces, una palabra dicha con claridad y con fuerza, como *muerte*, pronunciada muy despacio para que se dispare la lentitud de la agonía.

—¿Nadie habla?: no hace falta, yo tengo un candidato: Sergiev de Siberia, obispo y mártir de la música. De tal manera que si le gustan las cuerdas filarmónicas que en distinguido centro nocturno interpretan el más lindo trozo del segundo de Rachmaninov, pues le pongo mariachis en la boda, cuando sea lo más sagrado de la ceremonia, al amarse los cónyuges; que si acepta guitarras, vaya no la de Laurindo Almeida tocando a Vivaldi con la Orquesta Real de España, sino la de Matatena para una serenata embriagadora; que si mañanitas, las que son para la noche tormentosa del tormento, con la guitarra de cuerdas-cuchillas para hacer de la carne picadillo. O el arco del violín-guillotina estilo Luis XVI, tocando poco a poco las cuerdas vocales de sus ilustrísimas, amigos míos desde que recibí mi nombre.

En aquella ocasión el gobernador y el obispo también fueron en brazos de sus madres. Los tres parecíamos hermanos, especies de un mismo, del único animal que somos: *Homo Vacuos*. Entonces el obispo tocó la oquedad de la campana Eva. Era un niño tan niño que tuvo que ser alzado por su primogenitora para que alcanzara el badajo, motivo por el que el gobernador lo acusó además de otras indecencias, induciéndome a que le cortara la cabeza. La exageración del gobernador Aguilera fue mayúscula: al obispo preferí dejarlo vivo hasta estos días, sesenta o más años después de ese bautismo, de mucho menor importancia que el que hoy habrá en la plaza. La ceremonia traerá a nuestra memoria lo que fuimos.

Y de la danza —prosigue continuando el inquisidor, en tanto quema correspondencias y apila cajas vacías junto a la puerta en el interior del correo, desde donde se ven las torres truncas de la iglesia todavía carente de campanas—: frenética. Así es como me gusta. Y abundante. Una danza en la que nada falte: narración histórica, por convulsiones; amor y muerte, por carreras persecutorias y por desesperadas huidas; entrega, dominio, éxtasis contemplativo, conservación de cadáveres, transformación de muertos sin inteligencia y de vivos: que todo el movimiento sea luz de la mente, visionaria contemplación de un futuro en el que la destrucción se confunda con la creación original de cada cosa: la plaza deberá parecer, mediante el baile, el primer avispero de lodo que hirvió en el Principio, cuando la abeja reina pereció en el fondo, por el muy oscuro y espeso líquido rodeada.

El inquisidor calla al observar que, afuera, el silencio de los verdugos a punto de amotinarse se extiende junto con la luz de la mañana, hecho que favorece una mayor repercusión sonora de las voces provenientes de la Academia de Opera y Suplicios. Esta se encuentra en un viejo edificio inconcluso, cuyas piedras carcomidas caen debido al deterioro producido por el paso de los muchos años. Pero la mole de piedra es inmensa y su continua destrucción resulta inapreciable, excepto por los estruendos que los muros, las columnas, las vigas producen al precipitarse, y por los gritos de los heridos y moribundos golpeados por el derrumbe, que se confunden con las voces de los cantantes. Además, los supliciados y quienes gozosos se entretienen en torturas, lanzan voces de todas clases, para formar una composición rítmica y acorde.

No pocas veces he descubierto con sorpresa que lo que se escribe sobre un acontecimiento imaginado al fin del tiempo se realiza. Las líneas siguientes las recordaría años más tarde, cuando fui al Parnaso y encontré el luminoso amor ideal encarnado en una doncella nacida en Delphos.

Sin embargo esta vez nada oímos del barullo producido en la plaza, pues no acababa de mirarme ella, sintiéndome parte suya y en mi caricia nocturna nuestro afecto, brindado en su copa incluso durante la primer hora del día. Luego alisó su cabellera roja y se apartó de mi forma, que retuvo en la prolongación de mi experiencia oscura y deslumbrante, para encaminarse por encima de la blanca sábana, la cual estaba transformada en serpiente inofensiva que dormía al fin. Volvió a mirarme, antes de cruzar por entre los estorbos que al espacio del recinto daban el aspecto de ser impenetrables: pasó inviolada, sin dejarse tocar por los colgajos lacerantes, con su porción de piel herida luminosa, como si la multitud de telarañas realmente no fueran hilos cortantes dispuestos para triturar a cualquier paseante distraído. Al llegar a la ventana, con ambas manos corrió los cortinajes, acumulados uno sobre otro. De este modo Luz dejó entrar la bocanada, por la que en mi cuarto vimos los ruidos exteriores y todo aquello que los producía:

El pajarero anunció un gigantesco animal cazado en su nido por Diana; las flechas de los guerreros comenzaron a teñir el cielo; los músicos tañeron sus instrumentos a manera de incongruente desafinación, siendo ésta la noticia con la que se advierte la proximidad, el principio de una música desconcertante; los ecos de una doble afirmación aceptativa tramaron el lazo, el vestido y el traje de los contrayentes; un llanto infantil dibujó el marco para todas las escenas: la conjunción de múltiples protestas de recién nacidos simuló ser el bramido con el que una inimaginada orquesta comienza su ejecución ritual en medio de la plaza. □